

III

Los «krausistas»

Si la memoria no me es infiel, Alfredo Calderón escribió hace algunos meses un artículo para *España* acerca de los «krausistas». Ahora es el mismo Alfredo quien da motivo á que otro escritor—Luis de Zulueta—remueva el asunto. Aprovecho la oportunidad para decir, á mi vez, sobre lo mismo, algo que nunca será ocioso decir en forma que lo oiga el público de las naciones hispanoamericanas. También les convendrá oirlo á muchos españoles que, por su juventud, por su alejamiento de la madre patria, no han podido recibir la impresión personal de ciertos hechos fundamentales en la historia española del siglo XIX y sólo saben de ellos lo que la leyenda ha *vulgarizado* (y uso esta palabra en su peor acepción).

La historia del «krausismo» en España está por escribir. Entre nosotros, todavía la juzgan muchas gentes ilustradas de conformidad con las cuchufletas ingeniosas de Campoamor ó con los ataques apasionados de escritores católicos, algunos de los cuales no repetirían hoy, seguramente, lo que hace años dijeron, ó lo dirían de otra manera. Aparte la deformación que toda doctrina sufre, expuesta por quien la rechaza y con motivo de una polémica, lo que del krausismo han discutido é historiado sus contradictores es sólo uno de los elementos—y no el más genuino é influyente—de aquella singular remoción de ideas, sin la que no se explicarían muchas cosas fundamentales de nuestra vida intelectual en la mitad segunda

del siglo XIX. En efecto, los susodichos contradictores, cuando hablaban en serio (pues claro es que las bromas no pueden estimarse como elementos de juicio en materia filosófica), apreciaron el krausismo como un «sistema» cerrado, y creyeron que á la difusión de él, con todas sus consecuencias lógicas y su sectarismo correspondiente, se reducía el krausismo español. Refutado el sistema, destruida su aparente razón y unidad, todo podía darse por terminado. El intento de una filosofía racionalista española pasaba á la categoría de los fracasos.

Pero los que así estudiaban y resolvían la cuestión—desde un punto de vista dogmático, y desde luego, secamente *metafísico*—dejaron escapar lo substancial del movimiento y combatieron una sombra; cuanto más, las espumas y heces del hervor ideal despertado por muchos factores de influencia—y entre ellos, principalmente, por Sanz del Río—en la juventud precursora de la revolución de 1868. En rigor, lo mismo ocurre con todo sistema: su interés capital no está en la serie de principios que le dan la apariencia formal de un cuerpo de doctrina acabado, sino en la fructificación de esos principios, en la proliferación de sus ramas, en la agitación espiritual que promueven y que algún día cuajará en determinaciones concretas, en este ó el otro orden científico. Así cabe decir (y no es paradoja) que lo que menos importa con la filosofía kantiana es el *sistema* de Kant. Estudiado aisladamente, se presta á mil críticas y puede considerarse suplantado en la historia del pensamiento por otros muchos sistemas posteriores á él; pero á poco de considerar las cosas á fondo, se advierte que todos éstos tienen su raíz en el que pretendían rectificar, y que, fundamentalmente, toda la filosofía moderna (postkantiana, como suele decirse) es *kantiana*, incluso en los que reniegan de Kant. En el sistema del maestro, la crítica ha podido abrir multitud de brechas; pero el jugo que de éstas se escapa ha bastado—y en ello debe verse su mayor gloria—para dar vida á innumerables direcciones y aplicaciones, que representan la casi totalidad de la vida filosó-

fica moderna. Por esto se engañan tristemente los que, tras amontonar objeciones—en discusión más ó menos escolástica—á las *críticas* de Kant, se quedan tan satisfechos creyendo que han *refutado* el kantismo y lo han arrumbado definitivamente. Y lo que digo del kantismo se puede decir de toda otra dirección del pensar filosófico, si es que tiene algo de entraña.

Por eso, aunque suscribamos muchas de las refutaciones del *sistema* krausista y rechacemos tales ó cuales de sus principios metafísicos, estamos muy lejos de haber cerrado la cuestión. El krausismo, aquí y en Alemania, sigue viviendo *á pesar* de su metafísica; y lo más interesante de él es esa segunda vida, que prueba cumplidamente lo substancioso de la impulsión que representaba.

Precisamente es eso lo que se les ha escapado aquí á sus contradictores; lo que no han visto muchos pensadores modernos americanos, y lo que tampoco conocen algunos historiadores (alemanes y franceses) de la filosofía moderna ó del espíritu español de nuestros tiempos. Y es que no basta, para juzgar la riqueza ideal de un sistema y su influencia en un país, el examen de unos cuantos libros que llevan la etiqueta del *ismo* correspondiente, sino que es necesario perseguir sus derivaciones y consecuencias á través de muchos autores que, incluso, rechazan su clasificación dentro del sistema de que proceden, porque no lo aceptan en toda su ortodoxia.

Todo esto aparte, conviene decir también que si Sanz del Río *explicó* efectivamente en su cátedra el sistema krausista, no pensó en formar una escuela cerrada, ni siquiera se propuso que fuesen ortodoxos de aquella filosofía (que él tomó como punto inicial de su labor de pensamiento) los mejores de sus discípulos. Claro es que hubo entonces fanáticos «más papistas que el papa» y discípulos que prendándose de lo más exterior y aparatoso del sistema, se aferraron á ello, lo exageraron y al fin vinieron á quedarse en simples poseedores de una cáscara vacía, que fácilmente pudieron ridiculizar los enemigos.

Así ocurre siempre en todo movimiento ideal: la masa sólo coge las fórmulas cerradas, lo exterior, muchas veces lo hipotético, que afirma como definitivo, y en ello se estanca. Sólo algunos espíritus escogidos penetran en lo hondo de la doctrina y reciben de ella lo que más importa para que fructifique: el sacudimiento sugestivo, que despierta la propia personalidad y la hace apta para la investigación original de lo verdadero, abriéndola á todas las influencias. Y aun esos espíritus—la historia intelectual de la humanidad está llena de ejemplos—suelen comenzar su carrera apegados á la fórmula que les abrió camino, al molde de lo que dijo el maestro, hasta que, seguros ya de sus fuerzas, rechazan los andadores, se desprenden de la imitación y crean su obra personal. Hasta en el arte ocurre así. Recuérdese á Beethoven, mozartiano antes de ser plenamente Beethoven, y á Velázquez, en quien tanto se señalan las influencias ajenas hasta que su propio genio las funde y da nacimiento á su arte original.

Pues bien; los hombres que realmente entendieron á Sanz del Río, no pueden llamarse krausistas, si por tal denominación se entiende tan sólo á los que aceptan en su integridad ó en todos sus puntos fundamentales aquel sistema. Son ó han sido inteligencias influidas, fecundadas por el pensamiento de Krause, pero en las que éste no ha cristalizado, sino que se ha mezclado y fundido con otras corrientes y direcciones, siempre vivo, siempre abierto, siempre dúctil y fácil á la penetración de la verdad y á las rectificaciones hijas de la investigación que no descansan en un dogma intangible. Todo lo que es imperfecto, equivocado, percedero, en la filosofía de Krause, ellos lo han aventado y lo han ido dejando caer, como cosa muerta; pero en todo lo que tiene—y no es poco—de progresivo y fecundo, ellos han permanecido fieles á la impulsión original y la han llevado á desarrollos lógicos de una riqueza de contenido que excede en mucho á lo que pudo vislumbrarse en los primeros momentos. Así, en la filosofía del Derecho—una de las cosas en que Krause ahondó más,

como lo prueba el que los mismos alemanes vuelven hoy los ojos á su doctrina—, han pasado más allá de Ahrens (á quien muchos tienen todavía, con error, por el genuino representante del krausismo jurídico), más allá de Röder y bebiendo en las mismas fuentes del filósofo, iluminados por todas las complejas derivaciones del pensar moderno, desde la poderosa y genial de Savigny, á la de los neopositivistas recientes, han creado una ciencia que, arrancando del tronco krausista, vivificada por su savia más pura y substancial, ofrece hoy orientaciones de una novedad indiscutible, que, poco á poco va imprimiendo su sello en las varias cuestiones palpitantes del orden jurídico.

Conviene insistir en esa *libertad* de doctrina que presentan los que fueron discípulos de Sanz del Río—y claro es que también los discípulos de esos discípulos—, para rectificar dos cosas que suelen creer los que sólo los conocen de oídas: que son pensadores de escuela cerrada y ¡sombro causa el oírlo! que representan una filosofía atrasada y casi reaccionaria. Esto último lo ha dicho en letras de molde un escritor americano, refiriéndose directamente á las doctrinas políticas (de filosofía política) de los «krausistas», y en especial al problema del estatismo. Pero esto es desconocer en absoluto lo que en España significan los «krausistas». Que se lo pregunten á los que á sí propios se denominan católicos, á los ultramontanos, á los que en las oposiciones á cátedras niegan su voto sistemáticamente á los opositores que huelen á krausismo y aun á los que siendo ¡hasta carlistas inclusive! se atreven á citar un autor «krausista», ó á decir que merece consideración tal ó cual de sus ideas. Precisamente el krausismo es aquí—en el orden de las ciencias jurídicas y sociales—la representación de todo lo liberal, de todo lo nuevo, de todo lo progresivo. De él ha salido la doctrina pura, eminentemente liberal, del *self-government* y el parlamentarismo, que mantiene Azcárate frente á todos los intentos de reacción; de él las doctrinas viriles de Costa, preconizadoras de la autonomía jurídica individual y del colectivismo agrario; de él las

radicales orientaciones penalistas de Dorado, que tal vez superan en radicalismo á todas las conocidas; de él la orientación sociológica de Posada; de él la filosofía económica social de Buylla; de él las corrientes descentralizadoras de la vida municipal; de él, en fin, la filosofía del Derecho de Giner, maestro de todos, constantemente remozada por la acción de un espíritu siempre alerta, y en la que los más exigentes en punto á las audacias—no las caprichosas, sino las que son hijas de la plena libertad de pensamiento—hallarían cumplida satisfacción. ¿Qué principio más fecundo para el liberalismo radical que el principio genuinamente krausista del cumplimiento del derecho sin coacción, podrían pedir los que temen al estatismo moderno? ¿Qué doctrina más salvadora del atomismo egoísta á que propenden los españoles—y sobre todo los catalanes, como acaba de confesarlo el catalanista señor Pella—que la del organismo social, característica también del krausismo, y que ha penetrado hondamente en toda nuestra filosofía del Derecho, incluso la que no quiere llamarse krausista?...

Pero á más de no ser los «krausistas» y las generaciones educadas por ellos una secta cerrada, y de representar, por el contrario, la orientación liberal más fecunda en el campo del pensamiento español, significan también otra cosa: significan lo único que hoy por hoy tiene España para guiarse.

Luis de Zulueta acaba de decirlo, en el artículo á que antes aludí: «¡Aquella generación del krausismo y la revolución de Septiembre!... Aun vive entre nosotros... Aquellos hombres están todavía en pie y en la brecha, encarnan todavía la última palpitación nacional; todavía tienen una palabra que decirnos... Ellos tuvieron lo que precisamente nos falta á nosotros: un ideal común, una fe colectiva.

»Unamuno dice que hoy hay jóvenes, pero no hay juventud. Pues cuando esos viejos fueron jóvenes, hubo juventud. Las fisonomías modernas importadas entonces bajo el *cachet* krausista, les dieron una orientación ética, una reli-

gión de la virtud razonada...» Y refiriéndose á uno de los representantes de *aquella* juventud, á Calderón, añade: «Y oyéndole, don Alfredo me parecía un símbolo. Era toda aquella generación ya envejecida, ya pasada; pero que no puede morirse, porque nosotros, colectivamente, *no hemos traído nada que la sustituya*. Aun vivimos de Sanz del Río y de la jornada de Septiembre. ¿Qué sería de España sin los Calderón, los Salmerón, los Giner, los Azcárate?...»

En efecto; como el mismo Zulueta ha reconocido, los llamados *jóvenes*, «aquella generación literaria, romántico-anarquista, que hacía gala de rehuir, de despreciar y hasta de ignorar las formas organizadas de la actividad colectiva», ha hecho «quiebra ideal». No hay nada todavía que reemplace al «krausismo». Pero si Zulueta se fija, verá que, tras los *viejos*, tras los de la generación de Septiembre, hay otras generaciones menos granadas que de aquélla derivan y que, en la fructificación, muchas veces original, de su ideas, que abren nuevos horizontes, perpetúan el sello de «la juventud de 1868», y lejos de rehuir la confesión de ser hijas espirituales de aquélla, se complacen en afirmarlo y aspiran á ser dignas de una filiación cuya mayor gloria sería no estancarse en repeticiones de lo ya dicho, sino llevar á nuevos y más altos desarrollos la semilla que recibieron para que germinase, no para disecarla.

IV

Alfredo Calderón

La muerte de Alfredo Calderón nos ha dolido á todos de un modo profundo, pero á nadie ha sorprendido. Años ha que él venía muriéndose y deseando que la muerte le librase de la vida. Era un desengañado, un dulce y amable sentimental que se había despedido de la dicha irrevocablemente, que ya no esperaba ni pedía nada para sí, y ante el cual la existencia carecía de colores alegres y atractivos. Pero no era un escéptico.

Como muchos otros moralistas—Calderón era eso, radicalmente—, desconfiaba de los hombres, sabedor de la facilidad con que se adueñan de nuestro espíritu el egoísmo y las miserias del vivir; pero conservaba la fe íntegra, pura, en las ideas, que también se adueñan de los hombres y los arrastran á empresas heroicas. Á esa fe sacrificó los intereses positivos con cierto estoicismo romántico que las almas secas no comprenden y que constituye la santa poesía de los que piensan alto y sienten hondo. Leyendo atentamente sus artículos, se ve en ellos al punto, bajo la amarga comprobación histórica del triunfo de lo malo, la creencia en lo bueno y la inquebrantable esperanza en su victoria y en el poder que le asiste de transformar el mundo.

Calderón sabía bien que lo ha transformado allende los Pirineos. Quizá como muchos otros patriotas (que por serlo tanto, llegan á ser pesimistas) desesperaba de la regeneración española, ó cuando menos, allá en el fondo de su con-